

LA ERMEDAÑA (O ALMEDAÑA).

E. MARTINO S.J.

RESUMEN

Intentamos ofrecer un ejemplo concreto y muy llamativo, el de la Hermedaña, y la luz que da la aplicación del método del “Compuesto Hidronímico” para la comprensión de un topónimo prehistórico.

ABSTRACT

We aim to provide a striking, very concrete example, that of the Hermedaña, and the light shed by the method of the “hydronimic compound” concerning the understanding of a prehistoric toponym.

Se trata de un nombre de agua compuesto de nada menos que tres nombres de agua simples: *al- med- ania* (*ania* antes que *-aña*) todos ellos anteriores al latín ¿Cómo se ha formado semejante compuesto y por qué? Se ha formado por la sucesión de pobladores en la región, cada uno con su nombre de agua diferente.

Si los primeros dijeron *Ania* a la fuente, recordar el río *Anio* de Roma, los que llegan después, al no comprender *Ania*, emplean su nombre de agua *Meda*, con lo que hubo de formarse un posible: **Medania*. *Medo* es nombre de río en Asturias¹ y *Meda* se repite, ya como nombre de lugar, en Galicia. Y formando el compuesto *Medi-ana* se halla en muchas partes. Este último no se aparta demasiado del **Medania* que tenemos aquí, hasta el punto de que no parece imposible que hayan podido confundirse. *Ana* es el precedente de *Ania*.

Mediana figura también en compuestos, y aun cerca de aquí, en *Val-mediana* y muchos más². Por fin llega un tercer poblador, que no comprende **Medania*, pero, al ver que se trata de una fuente, recurre a su nombre de agua *al* y dice **Al-med-ania*, nombre que acabará por evolucionar luego a *Almedaña*.

O bien, si emplea *er-* como nombre de agua, pronunciará su **Er-medania*, que más tarde será *Ermedaña*. La doble forma *al-*, *er-*, conservada, parece indicar, o que el pueblo que la nombra dispone de las dos formas para el agua o que sea denominada por dos tipos de hablantes, uno con *al-*, otro con *er-*, y por el mismo tiempo.

1 LARRAGUETA, año 926.

2 Muy relevante es *Villamediana*, nombre de lugar y al que esta teoría encaja perfectamente.

No se nos conserva el simple *al* como nombre de agua pero sí formando otros compuestos que son paralelos de Almedaña y más fáciles de captar, como *Al-ari*, puesto que *-ar* también es hidrónimo bien conocido como: río *Ara* (Huesca). Si, en vez de *al-*, el último poblador se vale de *er-*, como nombre de agua, pues lo es, como vemos en el río *Eria* (León) y en el mismo puerto de Piqueras el arroyo *Lavalere*, tendremos *Ermedaña*, desechando la *h-* como parásita. Por cierto el mismo *ar*, *ara*, tal vez se reduzcan a *er* como a su forma originante. Ver también *Al-ama*, sin *-h-* parásita.

El presente apunte se podría desarrollar ampliamente y en dos sentidos diferentes: en un sentido extensivo, recogiendo ejemplos de estos mismos nombres, ya como simples, ya formando compuestos, y no solo en la Rioja, pues abundan extraordinariamente.

Y en un sentido intensivo, analizando los radicales contenidos en *Almedaña*, *Ermedaña*, es decir, *al-*, *er-*, *med-*, *an-*, bajo el punto de vista de cuál era su concepto más primitivo y elemental. Sin duda, el de “agua”, pero captada ella bajo diverso matiz en cada caso.

Por último, no debemos olvidar que los celtas practicaban el culto al agua y a su vez los romanos, por lo que no pudo faltarle el culto a semejante fuente, como tan nombrada por unos y por otros. Al fin, el cristianismo reconvierte aquel culto lentamente, y no sin resistencia, sobre todo mediante la veneración popular a la Virgen María.

Valga lo dicho hasta aquí siquiera como anticipo del tema *La Ermedaña*, *La Almedaña*. Pero ya, en un segundo momento, pasamos a desarrollar un tanto el estudio, solamente iniciado.

Obviamente se trata de un nombre compuesto, el cual consta de otros varios nombres, que son simples: *er*, *al*, *meda*, *ania*.

Simple, y aun originarios, a excepción de *ania*, que ya es derivación de *ana*, nombre todavía subsistente y muy conocido por la circunstancia singular del culto a Santa Ana.

Tomamos en primer lugar la forma *Ermedaña* y el primero de sus componentes, *er-*. Aunque en sí mismo *er* sea simple, no por eso decimos que se haya conservado como tal, sino que deducimos que lo fue gracias a su intervención en los diversos compuestos hidronímicos, en unión con otros nombres, también simples y del mismo significado.

Porque no podemos olvidar que no tratamos aquí sino del compuesto hidronímico reduplicativo, es decir, del compuesto del tipo *Guad-i-ana*, como lo es *Er-med-aña*.

Pues bien, aparte de que hallamos *er* en *Eria*, nombre de un afluente del Órbigo (León) que da nombre a su cuenca *La Valdería*, tenemos *-er* como segundo elemento en *Ib-er*, justo el nombre antiguo del Ebro, que los romanos latinizaron como *Hiberus*, el cual da nombre a los iberos y a Iberia. En *Ib-er*, el supuesto *er* ha formado compuesto con *ib(i)-*, un hidrónimo que se ha conservado en vascuence, junto con *ibai*, con significados de “arroyo” y “río”, y aun fuera de este ámbito, v. g. *Ibias*, río (Asturias), *Ibio* (Cantabria).

Por consiguiente *Ib-er* es hidrónimo compuesto prerromano, porque sus dos componentes son prerromanos. Pero, además, hallamos en esta misma zona el hidrónimo *Ir-egua*, un posible compuesto latino como descendiente de un **Ir-aqua*, ya que *ir-* parece reducirse a una alternancia del mismo *er*. Desde luego existen hidrónimos formados con *ir-*, a los que hay que añadir topónimos de su base hidronímica, empezando por *Ir-uña* (*Ir-unnia*) cuyo segundo elemento quizá derive de *on*, hidronímico prerromano, aquí no considerado.

Al radical *er-*, “ponerse en movimiento”, se reducen también *ar-* y *arn-*, que hallamos por dondequiera y aún recogeremos.

Pasando a la forma *Al-med-aña*, en la que *Al-* ocupa el lugar del ya considerado *er-*, la presunción es que ha de significar lo mismo por la correspondencia formal dentro del tipo de

semejante compuesto.

Efectivamente, *al-*, que no debe atribuirse de ligero al artículo árabe, es prerromano y significa “blanco” y se aplica al agua bajo ese aspecto como *alba*, nombre de ríos y también de lugar de base hidronímica.

Por lo que pueden asociarse *alb-* y *-er-* en compuesto como en *Alb-er-ite*, el cual, situado en el Ir-egua, puede apoyar la identidad *-er- -ir-*, la que se refuerza con un *Alb-er-ite* río, un afluente del lejano Guadalete.

El mismo *alb-* figura en el compuesto *Mon-c-alb-illo*, cuyo fonema *-q-* es posible que nos oculte un pasado *aqua*, sin entrar aquí en los otros elementos.

Pasando a los demás componentes, *med-* y *-aña*, integrantes de compuesto hidronímico, reafirmamos la confianza en la vigencia del proceso histórico-lingüístico en el que nos adentramos.

Las diversas hablas que ocuparon sucesivamente el territorio, al no comprender el nombre del agua recibido, que es individual y propio, anteponen el suyo, que es común, para saber de qué se trata. En adelante, con el paso del tiempo, la reiterada secuencia de los dos nombres ha de poder llegar a cristalizar en un compuesto, el cual encierra el concepto de agua por duplicado, triplicado y aun más. En León, el nombre de *Foncevadón*, incluye: *fons, cea, vad, on*, todos ellos hidrónimos, aunque Foncevadón no denomine directamente el agua, pero sí la divisoria de dos cuencas fluviales importantes, del Duero y el Miño, una referencia importante del agua.

El segundo elemento constitutivo de *Ermedaña, Almedaña*, es *-med-*, una forma dependiente de *mad-*, que significa “húmedo”, “gotear”, del que deriva el verbo latino *madeo*, “estar mojado”.

Tanto del inicial *mad-*, como del subsiguiente *med-*, abundan los derivados por toda la península. Del simple *mad-*, con terminación *-a*, se hubo de formar **mada*, el cual, si no se conserva, ha debido pasar a *mata* por evolución regresiva, por suponer el hablante que ha precedido la *-t-*, como es habitual, aunque no sea el caso. Observamos que existe el hidrónimo *mata* y muchos topónimos *mata*, que no se justifican por la *mata* vegetal. Muy próximo a La Almedaña se halla el Cerro de Mata-mala y también consta que *mel-, mal-*, es un radical hidronímico, el cual aquí figura asociado a *mata*.

Es muy notable la confusión que se ha producido por doquier entre *Mada-lena* y La *Magdalena*, la figura del Evangelio, pues *Mada-lena* es ejemplo de hidrónimo compuesto reduplicativo, siendo Lena el nombre de un río en Asturias. Las más de las veces ya ha pasado a nombre de lugar, pero de base hidronímica. En Anguiano, La Magdalena³.

Ya hemos citado Mediana (*med(i)-ana*) bien conocido en sus elementos, que pudo haber alternado con **Medania*, supuesto precedente de **Medaña*.

Del mismo Mediana pensamos que derivan las Medina de Castilla y no de la influencia de la ciudad árabe del mismo nombre. Una zona nuclear histórica de Medina de Rioseco se llama hoy en día Mediana.

En el ámbito de la Almedaña, en Viguera, existe un Arroyo la Madre, nombre que,

3 En Anguiano la Santa María Magdalena es la patrona del lugar. Y el topónimo “La Magdalena” es la ermita de la santa en el monte. Aquí por tanto no entraría. Hay que notar que el culto a los santos Lázaro, Marta y María se extiende mucho en la Edad Media, al socaire de las peregrinaciones y de los problemas de salud. Se fundan multitud de Lazaretos u hospitales. Y se difunde el culto a estos santos. Bien es verdad que precisamente en Anguiano los ritos que aún quedan, como es el de la danza, tienen raíces muy antiguas y pudiera ser que hubiera implicaciones toponímicas en la selección de la santa como patrona, e incluso interpretaciones hagiográficas como podría ser esta posible adaptación y cristianización de un topónimo preexistente en la zona, pero esto es mucho más difícil de probar.

además de *mad-*, parece incluir *er-* de Er-medaña, o más exactamente su variante *-ere* : **Mád-ere*. En el mismo Logroño: Puente Madre. También hemos de incluir aquí el término -Madera del compuesto Valdemadera, si es nombre antiguo, anteponiéndolo a la era latina, que sabe de un *materia*, “madera” .

También con el primer elemento *al-* ha podido formar *med-* un compuesto reduplicativo si atendemos al Camino de la Alameda, que sale del entorno de La Almedaña y se dirige a Sojuela, o viceversa.

Comoquiera que Ala-meda puede ser hidrónimo, un ejemplo del hidrónimo compuesto, y que encierra los dos primeros elementos que componen Almedaña, cabe preguntar si lo será en el caso presente, y aun el precedente histórico y lingüístico de Almedaña y casi como su doblete.

Por fin, el último elemento de Almedaña, el final *-aña*, deriva de *-ania*, que, a su vez, proviene de *ana*, ya registrado en formación con *med(i)-ana*. El masculino *-anio* lo hallamos en el Riaño leonés⁴ en donde, muy curiosamente, consta en la actualidad el apellido Ania. Es evidente que *Rianio* deriva de *Rio Anio*, nombre también del río cuya cuenca surtió antiguamente a Roma.

Su original *Ana* figura en regiones colindantes con Riaño, en el compuesto La Reana (<Rio Ana) en Velilla del Río Carrión, nombre de las célebres fuentes intermitentes, que Plinio llama Tamáricas. Y en La Liébana, en el llamado Puente la Reana.

Un poco al modo como decíamos de La Magdalena y Madalena, la coincidencia del hidrónimo con el nombre de la madre de la Virgen, Santa Ana, pudo confundir los temas, y más, por el mencionado culto al agua.

Por otra parte venimos a incidir inopinadamente en el nombre, que nos brindó nada menos que el eje central de nuestra visión de la hidronimia y toponimia primitivas: en el nombre *Guadiana*.

Es bien conocido, aunque, al parecer poco asimilado, el proceso que llevó a la formación del nombre Guadiana.

Al primitivo *Anas*, prerromano, que en sí no hubo de significar sino “agua”, “río”, pero que ha llegado a resultar opaco para el hablante árabe, se le antepone *Wad-(i)*, el apelativo árabe de agua. De este modo se sabe de qué se trata.

Y tan repetidamente se asocian los términos *Wadi Anas*, que acaba por cristalizar el compuesto *Guadiana*, el cual en consecuencia dice “agua” por duplicado.

Naturalmente no era forzoso que se llegase a la formación de semejante compuesto, como de hecho no se llegó a ello con el apelativo latino *fluvius*, utilizado en su día por los romanos. La cristalización del compuesto dependerá de la concurrencia de factores, que pueden ser más o menos favorables a ella.

Lo que sí parece ser una ley constante es la tendencia del hablante a servirse de su apelativo común de agua frente al nombre propio del río, ya incomprensible, ya fosilizado, que no transmite al hablante la naturaleza de lo que se nombra. Nosotros mismos decimos “río Guadiana”, una expresión que encierra el concepto de agua por triplicado, como el caso de *Er-med-aña*, *Al-med-aña*, aunque sin llegar a la formación de un vocablo único.

En fin, disponemos en el entorno de La Ermedaña de un nombre de lugar, *Medrano*, que reúne en sí todos los radicales que integran *Er-med-aña*, supuesto que *er-* pasa por la variante *ar-*, *ara*, como dijimos, y que se produce transposición del lógico **Medarano* a *Medrano*, y descontando que *-ana*, aquí como en *Sorzano*, ha cambiado su género. Pero lo que remata el tema, lo que hubiéramos desde luego descontado, es que, juntamente en Entrena, tengamos a

4 LARRAGUETA, año. 1110, *Rianio*.

Santa Ana, con su ermita, muy cerca de Medrano⁵.

Y en la remota Málaga, un embalse que lleva por nombre La Medrana.

Una cuestión básica no habrá dejado de surgir en la mente de cualquier lector, la de si el proceso del tipo Guadiana se ha producido solo en el caso del agua y no con otros elementos, ya sean, o no, naturales.

Diríamos que el proceso, estrictamente considerado, afecta prácticamente al agua, pues algún que otro ejemplo, que pudiera citarse como semejante, no responden a la tipología descrita. Y ello nos compromete a razonar, como conclusión, el móvil psicológico-lingüístico que ha desarrollado en otro tiempo este procedimiento peculiar en favor del agua.

Comenzamos por situarnos en una época primitiva, desde luego prehistórica, en la que distinguimos como dos esferas, al interior de las cuales el sujeto actúa: la práctica material y la mental, o más concretamente, propia de la creencia religiosa.

La época, sin remontarnos más allá de la céltica, destaca por su culto al agua, a la que se venera como diosa, una experiencia que nosotros, habituados a la espiritualidad cristiana, difícilmente podemos imaginativamente recrear. Y ello, aunque palpemos los indicios de aquella práctica seguida por los antiguos. En el Norte son varios los ríos Deva, es decir, “divina”, y fuentes como Fuensanta, Fonsagrada. Y el Puente *Deus tam bene*, “dios también”.

En una de las fuentes del Cea, en León -sin olvidar Foncea de Logroño-, en un pueblo llamado Tejerina, sobre una cascada magnífica, se puede observar un cuenco labrado en la roca, en el que, según la tradición, se ofrecían sacrificios humanos. Lo extraño sería que, los que llegaban a tal comportamiento con el agua se contentasen, para nombrarla, con el nombre opaco recibido, en lugar de recurrir al suyo de ellos, tan santo como ella misma.

Distingamos aquí dos funciones propias del lenguaje muy diferentes entre sí: la representativa, o conceptual, y la fáctica, o de pura etiqueta, por decirlo así, en la cual termina la primera cuando se ha desvanecido para los hablantes el concepto que encierra.

Para otros accidentes de la naturaleza, v. g., una montaña, al hablante le bastaba y le basta con saber el nombre que se le aplica, a manera de una etiqueta histórica, aunque desconozca el concepto entrañado en el nombre.

Pero, en el caso particular del agua, el sujeto no suele (menos aún solía) contentarse con la etiqueta sino que recurre al nombre suyo que encierra el concepto de agua, sin rechazar o anular tampoco el recibido.

Este hábito constante da razón suficientemente de la estricta proliferación de los nombres de agua, no solo como en racimo para una fuente particular, como es el caso de La Almedaña o de una divisoria como Foncevadón, sino en forma individual, en una y otra fuente a través del escenario vital del sujeto, en donde entran en juego las condiciones materiales de la vida en plena naturaleza, que obligaban a servirse del agua donde ella se encontrara, sin olvidar tampoco su carácter sagrado a lo largo de muy dilatados períodos de la historia.

Baste con evocar las exigencias del pastoreo, sin duda la tarea predominante del hombre primitivo, juntamente con la caza, para comprender su recurso constante a los nombres, que les eran más esenciales en la tarea.

5 No deja de tener interés la localización de esta ermita, junto al río Mayor de Medrano o río Daroca, que es seguramente el que ha dado origen al topónimo Medrano, lo que podría avalar la teoría de que el culto a santa Ana pudiera haber sido la cristianización de un hidrónimo prelatino, aunque esto solo se pueda apuntar como posible e incluso probable dada la tendencia del mundo cristiano medieval a aceptar como preanuncios del evangelio a todo cuanto existe en la tierra.

A lo largo del estiaje, durante el cual los ganados recorren y agotan la zona de pasto y los pastores llevan cuenta de las fuentes a disposición y actualizan el nombre del agua, es como se formó y conservó el mosaico fabuloso de la hidronimia, ese que hoy, ante la decadencia del pastoreo de carácter extensivo, parece como abocado lastimosamente a la desaparición.

Aquí, por nuestra parte, nos hemos esforzado por actualizar el milenario *Ermedaña/Almedaña* en medio de sus afines y convecinos, y aun a base de ellos, porque tampoco el nombre de lugar es una isla, como se dice del hombre.

Se ha dibujado un abanico de correspondencias entre los cuatro radicales: *er, al, med, ana-* y otros nombres del próximo entorno. El abanico se podría desplegar aún, abarcando muchos otros testimonios, desde el momento en que nos adentráramos por las formas documentales históricas de los respectivos nombres. Y perdón por un olvido, que no lo es en realidad sino precaución. El “La” inicial ¿qué determina? ¿La fuente? ¿La Virgen? ¿Es en absoluto artículo?